



**COMENTARIOS A LA ASAMBLEA
EDUCATIVA DE BOGOTÁ
TENIDA POR REPRESENTANTES DE LAS
PROVINCIAS DE LA ASISTENCIA DEL
NORTE DE LATINOAMÉRICA,
LOS DÍAS 20-26 DE JULIO DE 1975
➤ AGOSTO 15, 1975**

TEMAS NUCLEARES: ESPIRITUALIDAD, MISIÓN - BANDERA LEVANTADA, DESIGUALDADES SOCIALES - POBREZA, IGNORANCIA - EDUCACIÓN, EDUCACIÓN INTEGRAL, PROMOCIÓN SOCIAL, TRANSFORMACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA, PROCESOS POLÍTICOS Y SOCIALES, JUSTICIA EDUCATIVA, ACCIÓN PÚBLICA, EDUCACIÓN CATÓLICA, PASTORAL - EVANGELIZACIÓN, PEDAGOGÍA - PROCESOS EDUCATIVOS, COMUNIDAD EDUCATIVA, COMPAÑÍA DE JESÚS

1. Miniprólogo

La Asamblea de Educación de los Jesuitas de la Asistencia Norte de América Latina fue una ejemplar reunión de trabajo, de buena voluntad en secundar el deseo de los superiores y de excelente clima fraterno.

Los comentarios que vienen a continuación no son un resumen de la Asamblea de Bogotá, sino unas consideraciones que derivan de lo que allí se dijo y, sobre todo, de lo que allí no se dijo ni fue comentado.

La Compañía habla siempre de justicia pero no quiere comprometerse a determinar cuáles son las grandes injusticias del mundo actual o no considera prudente precisarlas. Ciertamente no desarrolla en sus documentos directivos, como tema actual urgente, la enorme injusticia educativa que todavía está presente en nuestra sociedad civilizada.

Es irónico que la Compañía hable tanto de justicia y no vea la gran injusticia apostólica y el anacronismo de dedicar la casi totalidad de sus recursos humanos y económicos a la educación de los privilegiados, que en una forma cada vez más menguante se irán eclipsando en los puestos de decisión del futuro.

Pero es más manifiesta la desorientación reinante precisamente cuando se trata de educar a los pobres, ya que en esta dirección hay experiencias respetables y acreditadas que deberían ser tenidas en cuenta. No es posible improvisar en esta materia, sin grave pecado de infantilismo o prepotencia.

La educación de los pobres, entre otras consecuencias incómodas, nos obliga a ver y estudiar sus necesarias implicaciones políticas. Sólo cuando el saber y el poder de los que hoy son pobres equilibre o supere al de las clases actualmente dominantes, nos estaremos acercando a la justicia.

2. Imprecisión del concepto de justicia

Opino que lo más ilustrativo de la reunión educativa de Bogotá, donde nos reunimos miembros de las Provincias S.J. de México, Centroamérica, Las Antillas, Ecuador, Venezuela y Colombia, ha sido evidenciar lo abstracto, lo lejano, lo nebuloso y lo indivisible del concepto de justicia para el cual estábamos reunidos. No hubo uno sólo de los reunidos, que fuera capaz de definir el concepto de justicia que se expresa en la frase "en servicio de la fe, por la promoción de la justicia".

No se manifestó ninguna discrepancia en que la luz de la fe hace evidente la injusticia que reina en el mundo. A una familia de hijos de Dios le corresponde una unión de amor que excluye toda injusticia, toda desigualdad fundamental y toda discriminación. En esto estábamos todos de acuerdo. También estábamos todos de acuerdo en que hoy debe ser visible la defensa de la justicia por los cristianos, para que sea aceptada su fe.

Pero la Asamblea estuvo distante de poder establecer una vía hacia la justicia. Algo así como las etapas previsible en la progresión de la justicia en el mundo. Faltó también la especificación en la búsqueda de la justicia que corresponde a los educadores cristianos en general y, más determinadamente, la contribución en la "vía hacia la justicia" que corresponde a los educadores de la Compañía.

No había en la Asamblea ningún hombre, con perspectiva histórica y prehistórica, que pudiera dar luz sobre el camino de la civilización recorrido por la humanidad y cómo ese recorrido evolutivo revela progresivamente la dignidad del hombre y su igualdad esencial. La luz creciente que percibe la humanidad sobre la dignidad igualitaria del hombre se hace hoy cada día más evidente y constituye la gran plataforma de altura, desde la que se puede vislumbrar el porvenir cada vez más justo. La justicia histórica que ha contribuido a desarrollar el cristianismo debería también sumar sus luces en la prospección de un "futuro justo" o al menos "progresivamente más justo".

Los elementos condicionantes de la justicia tampoco estuvieron ni discutidos ni siquiera comentados o apuntados.

3. Educación y justicia

Parece que un punto que debería haberse tratado sería el siguiente: qué relación o relaciones podrían establecerse entre educación y justicia o entre más educación como prolegómeno a más justicia, más educación para todos para que un día, todos puedan defender su propia justicia.

Cuando yo apunté sobre esta clarísima relación, se me objetó siempre que eso dependía de la clase de educación que se diera. Respondí que una educación integral, que incluya la formación ética y cristiana, siempre producirá juicios autónomos e independientes sobre el cúmulo de injusticias muy visibles o menos visibles que están establecidas en el ancho mundo.

Era evidente que los miembros de la Asamblea no tenían conciencia de que la injusticia educativa es una injusticia radical, fuente y manantial de un ejército de injusticias. ¿Qué posibilidades de crítica y de creatividad tienen los cien millones de analfabetas de nuestra América? ¿Qué posibilidades de unión (fuerza de los débiles) tienen esas masas gigantescas? ¿Qué camino está en su comprensión para recuperar justicia y para ir saliendo del estado de dominación en que se encuentran...?

Alguien en la Asamblea dijo que es evidente que el camino a la justicia tiene que pasar por la educación (creo que fue H. Barquera). Pero la Asamblea no se hizo sino débil eco de esta clarividente expresión. Esto parece increíble en una reunión de educadores de la Compañía, pero en realidad significa toda la distancia a que está todavía la Compañía de la educación del pueblo.

Casi todos los allí presentes educan a clases establecidas y es curioso constatar que los mismos que se consideraban más avanzados socialmente, los que expresaban su repulsa a las clases

dominantes ni tenían información, ni tenían la más pequeña experiencia, ni de educación popular, ni de educación de masas.

4. Fuera del foco de la educación mundial

El P. Borrero, Rector de la Universidad Javeriana, pidió que se incorporaran al temario de estudio, además de los documentos jesuíticos utilizados, las grandes planificaciones educativas mundiales de la UNESCO y otros estudios de valor universal. Esta iniciativa no se rechazó, pero no hubo posibilidades de consagrarle el tiempo que lógicamente requería. La falta de erudición y de cosmovisión educativa fue casi absoluta.

Es imposible, en estas circunstancias, un foro jesuítico de educación, basado solamente en los conceptos de Río, de Medellín, de la Congregación XXXII y en las orientaciones del P. General.

Es absolutamente necesario enmarcar esta misma documentación, que podríamos llamar interna, en el gran marco externo de la política educativa mundial. Las grandes corrientes de ésta, reflejadas en la UNESCO, nos condicionan totalmente y ya sea para aceptarlas en sus aspectos más positivos, ya sea para modificarlas o rechazarlas, es necesario conocerlas y estar empapado de ellas. Todos los gobiernos del mundo siguen las directrices de la UNESCO y sus documentos fundamentales son algo así como las grandes encíclicas de la educación actual, que con mayor o menor presteza o retardo se van convirtiendo en leyes nacionales y reglamentos, que regulan la vida educativa de nuestros países.

5. La educación de los pobres

Casi tan abstracta como la nebulosa idea de justicia, que en obsequio a la fe debemos propugnar, fue la idea o la consigna de trabajar con los pobres o servir prioritariamente a los pobres.

Los pobres conocidos y concretos estaban casi tan distantes de la Asamblea como los pigmeos de Filipinas o como los hombres de Cromagnon. Es digno de considerar este hecho cuando cada una de nuestras ciudades tiene cinturones de miseria con millones y millones de marginados vecinos nuestros.

Aquellos treinta jesuitas hablando de los pobres eran muy semejantes a treinta ingenieros católicos hablando de teología, llenos de imprecisión y de buena voluntad.

Pero quizá lo más significativo no es esto, sino que expresándose algunos datos concretos sobre el trabajo con los más pobres y, más especialmente, sobre la educación de los marginados que son los ultrapobres, la Asamblea no percibió que allí hubiera ni tan solo el comienzo de esa vía hacia los pobres, de que se habló en un momento como algo que debe iniciar la Compañía.

Esto pudiera ser una revelación de lo distante que está la Compañía de vislumbrar vías hacia la justicia, pues no se percata sino oscuramente de dónde residen las grandes injusticias.

¿Qué es lo que tiene a los pobres maniatados en las más terribles injusticias? ¿Qué les hace aceptar como una fatalidad irremediable su espantosa miseria...? ¿Por qué se revuelven solamente al sentir el dolor de su situación, casi igual que los animales acosados a golpes...? ¿Por qué hay tanta crueldad entre ellos, de manera que son ellos mismos los más terribles explotadores de los que son todavía más débiles, y la extorsión, el robo, la prostitución son casi normales en los bajos fondos de miseria...?

¿Qué dice la luz de la fe de estas injusticias hechas a los hijos de Dios? ¿Qué dice la razón y la investigación al examinar estas realidades lacerantes?

Pareciera que una asamblea jesuítica de educadores debiera percibir que los caminos de la justicia o, al menos, algunos caminos hacia la justicia, son claros aunque difíciles.

7. Correlación de miseria e ignorancia

¿Por qué no comprender nítidamente que la escala de la miseria es paralela a la escala de la ignorancia? ¿Por qué no ver que el hambre y la desnutrición se dan casi constantemente en el campo del analfabetismo...?, del mismo modo la vivienda inmunda e inhumana, el trabajo impro-ductivo, la desunión más hiriente van del brazo de la casi total deseducación.

¡Los pobres en su inmensa mayoría son pobres por ignorancia! Ignoran su capacidad intelectual y espiritual, ignoran su capacidad de producción y sus posibilidades de unión y, por lo tanto, su poder social y su poder político.

¿En qué convicción está basado el esfuerzo mundial por la educación de todos? ¿No es una expresión clara del reconocimiento a la dignidad del hombre que exige en justicia la educación, como algo inseparable de esa misma dignidad...?

Es inexplicable, a primera vista, que si se busca con sinceridad la justicia que exige la dignidad del hombre, tantos sociólogos y educadores de la Compañía sean indiferentes a la educación popular y en especial a la educación de los marginados. ¿Puede darse mayor mutilación de un hombre, que dejar parálíticos para toda la vida su entendimiento y su voluntad, por causas ajenas, públicas y culpables? Y está atroz injusticia contra cientos de millones de hermanos ni siquiera ha quedado anotada en la Asamblea de Bogotá. Ni tampoco está apuntada en los documentos fundamentales de Roma que nos han servido de guiones de pensamiento y de acción.

La injusticia educativa, que afecta de modo tan abominable a una parte tan grande de la humanidad, debe estar presente en toda reunión jesuítica de educadores que piensan en la justicia. Debe estar preparada en ella una información abundante sobre este tema. Debe de estar reportado el ingente esfuerzo que hacen todos los países por remediar esta causa tan esencial del atraso, de la pobreza y de la imposibilidad de superarlos sin la educación de todos. Sólo con la cooperación educada y, por educada, disciplinada y unida de los necesitados y oprimidos, podrá iniciarse una verdadera etapa de liberación.

¿Por qué este camino a la liberación estuvo tan distante de las conversaciones de Bogotá...? creo que ésta no fue sino una manifestación de un hecho mucho más general. La Compañía está muy distante de tener interés por la educación de los pobres. No ve todavía este horizonte de justicia. Siendo más exactos diría que no lo siente y que, por lo tanto, no está preparada para moverse en esa dirección. Los jesuitas que trabajamos en la educación de los pobres apenas hemos sido ayudados o estimulados por la Compañía oficial. Diría que, a lo sumo, hemos sido tolerados. Se nos ha ido aceptando poco a poco. Pero quedan muchas reservas y fichajes injustos.

8. Concientización

Lo más evidente es que nos aceptan mejor y casi totalmente los jesuitas tradicionales, a pesar de separarnos diametralmente de su modo de dar educación a las clases establecidas. En cambio, los jesuitas de tendencias sociales nos ven en gran medida desde una franca oposición, porque no estamos alineados en una terminología socialista, pero de hecho estamos preparando la participación creciente e integral de las clases marginadas.

Éste es un punto de examen que también se reflejó en la Asamblea de Bogotá. Esta reunión y cualquiera otra del mismo propósito, debería definir posiciones.

¿Es posible una concientización social sin una sólida base educativa? ¿Es posible o prematura en un alumno de primaria una concientización social...? ¿Cabe sin embargo entre los seis y los doce años una conciencia moral y religiosa, que vaya formando la base para una conciencia social...? ¿Cabe una fundamentación pedagógica de mejoramiento de responsabilidad, personalidad, trabajo autónomo en la libertad, sentido creador basado en la confianza en sí mismo y en un discernimiento crítico de los recursos propios y del pequeño entorno en que ya se puede mover

un niño...? ¿Puede comprender un niño el signo de amor en el cristianismo...? ¿Puede educársele en la solidaridad por el espíritu de caridad cristiana...?

¿Ofrecer todo este conjunto de valores tan necesarios y tan ausentes de las escuelas oficiales o de la “ninguna escuela” que tienen los niños marginales, no es un deber cristiano para con los pobres...?

Cuando tantos conspicuos jesuitas menosprecian el bien imprescindible que es tener una buena educación primaria y en ese menosprecio quedamos enterrados todos los que tratamos de ofrecerla a los marginados, ¿en realidad trabajan con datos científicos o tan siquiera con estadísticas elementales...? o más bien, ¿sin documentación alguna juzgan con la mayor irresponsabilidad...?

Es imposible la autodeterminación social de los marginados sin una buena y sólida educación primaria.

¿Cuándo las materias informativas propias de una secundaria pueden empezar a aportar elementos de juicio para formar una conciencia crítica...? Las llamadas áreas sociales ofrecen terreno apropiado. La secundaria para el pobre y, más todavía, para el hombre marginal, es hoy una elevación básica de integración a la ciudadanía participante.

Puede ser también, si tiene capacitación laboral y técnica, un elemento seguro para que se inicie su participación económica por encima de la miseria. Este joven sí puede empezar a desarrollar una vigorosa conciencia social. Antes de esa elevación, será manada y turba arreada por los demagogos.

Conviene reflexionar. Pareciera claro que realizar esta tarea con millares de niños y jóvenes es una vía hacia la justicia... pero cuando esto se está haciendo sin casi apoyo de la Compañía y se está logrando en medidas que sobrepasan con mucho los demás intentos de democratización educativa S.J., esta tarea se vuelve muchísimo más dura, difícil y desalentadora.

9. Injusticia y pastoral educativa

Nuestros superiores y nuestros sociólogos son jesuitas muy distantes de los pobres y de la educación de los pobres. Cuando actúan demuestran su total incompetencia, realizando atrocidades paternalistas como la del nuevo colegio de Maracaibo. Pero es estupendamente significativo que este hecho ha debido ser reportado de tal manera al P. General que éste lo considera según la apariencia externa como admirable, y pide que el Rector de Maracaibo esté presente en la Asamblea Educativa de Bogotá, para presentarlo algo así como el piloto de nuevas orientaciones democratizadoras para nuestros colegios tradicionales.

La Asamblea de Bogotá no supo o no quiso intentar el señalamiento de algunas vías hacia la justicia, concretadas en propósitos educativos. Ante el hecho inequívoco de que la Compañía dedica la casi totalidad de sus recursos humanos y económicos del sector pastoral de educación a los hijos de clases establecidas y, por el contrario, está alejada casi totalmente de las clases populares y marginales, la Asamblea no vio o no quiso ver en este hecho una situación que hoy es radicalmente injusta en una institución apostólica.

En la Asamblea no hubo una sola situación de diálogo en que se trajera con éxito esta anticristiandad pastoral y este pavoroso anacronismo. La Compañía mantiene, por la inercia adquirida, la continuidad de una dedicación socioeducativa que fue configurada de acuerdo a una ordenación de las estructuras monárquicas, aristocráticas y burguesas ya desaparecidas. Todavía pareciera creer que los mejores, las elites directivas, seguirán saliendo de las actuales clases establecidas en la época liberal-capitalista, que prolongan hoy a "los excelentes" de los siglos XVI, XVII Y XVIII. También los hechos más que las palabras parecieran demostrar que, para la Compañía, la plebe irredenta de esos siglos es el pueblo de hoy. Es cierto que nadie dice esto, pero nuestra pastoral educativa procede como si así lo creyera.

No es posible que la Asamblea de Bogotá opinara en términos de educación popular, ya que la Compañía ni piensa ni tan siquiera se imagina esta posibilidad. ¿Acaso tenemos un solo documento de Roma en que se trate este tema, al menos como una dirección sectorial de nuestra educación hacia el cual deberán ir convergiendo, en forma creciente, las fuerzas apostólicas de la Compañía...?

10. El arcaísmo elitista

Cuando una reflexión jesuítica trata de educación piensa en colegios y universidades de carne y hueso. Aunque hoy haya en nuestros colegios y universidades un número mucho mayor de se-glares que de jesuitas, todavía frente a la panorámica educativa mundial, actuamos o como maestros de escuela o, a lo más, como pequeños propietarios prósperos de escuelas y planteles docentes.

La política educativa la vemos como algo desproporcionado a nuestras posibilidades. Nuestra concepción de la educación es en cierto modo artesanal y nunca empresarial. Nos olvidamos que si bien la educación personal será siempre una obra de artesanía, una gran empresa puede asociar a miles de artesanos y que, cada vez más, por un sentido de bien universal, esos artesanos no podrán ser jesuitas, sino hombres formados, unidos y coordinados en grandes empresas transnacionales de educación, que debieran ser propias hoy de la mentalidad profunda de la Compañía.

Nos amarra a una situación arcaica nuestra concepción de la formación de líderes o de hombres motores del cambio social. Todavía creemos que estos surgirán de las actuales clases establecidas. Creo que en esta materia necesitamos de un serio discernimiento.

No puede haber duda de que a la cúpula social subían solamente, hasta hace poco, los niños y los jóvenes bien nutridos antes y después del parto, los que disponían de ámbitos familiares más estables, los que heredaban un lenguaje más culto y más variado, los que contaban con recursos económicos para pagar múltiples y mejores servicios educativos, los que tenían comodidad para estudiar y especializarse, los que disponían de relaciones sociales que constituyen anchas y alfombradas escalinatas de triunfo.

En esa etapa están todavía las naciones subdesarrolladas. En ellas la Compañía sigue sirviendo a los vástagos de las clases dominantes, mucho más por inercia histórica, que por convicción documentada. No puede olvidar que con todas esas ventajas, para llegar a ser eminentes hombres para el cambio social, los hijos privilegiados en una pequeñísima proporción superan las barreras de la corrupción, del ambiente materialista y la tentación casi sobrehumana del dinero fácil. Es de muy dudosa táctica dedicarse a ellos y pensar que los pocos verdaderamente excelentes compensarán el inmenso esfuerzo enterrado en su educación. Por esta razón, la Compañía docente está atacada, hoy, tan fuertemente en el exterior, y llena de ambigüedades y dudas lacerantes en su interior.

¿Pero cómo esa misma Compañía no percibe que el galopante cambio social lo empujan la educación y la tecnología universalizada? ¿Cómo no ve que las clases populares, siguiendo el camino precedente de las clases burguesas y de las clases medias, cada día ascienden y sus mejores van llegando, cada vez en mayor número, a todos los niveles en los puestos de decisión? ¿Cómo no ve que al dejar de ser la educación privilegio de pocos y ser ya derecho de todos, aun en nuestras naciones más atrasadas, es imposible y absurdo mantener el concepto elitista de educación, que fue acertado en una época y hoy es tan de museo como una exposición de arcabuces, de los cuales son contemporáneos nuestros colegios...?

Nada debe transformar más la Compañía que su anterior acierto elitista. Lo llamo acierto elitista porque la Compañía trató siempre de servir a las masas a través de las elites sociales. Mejoradas éstas (era el supuesto acertado), sería mejor interpretada su vocación dirigente.

11. Educación y participación política

Hoy todo ha cambiado o está cambiando aceleradamente. El cambio busca un mundo más justo y por eso más ancho y menos vertical. Los instrumentos que llevan al pueblo hacia un mejoramiento progresivo en la justicia social y en la justicia estructural a que tiene derecho son: la vía educativa y, empalmada con ella, la vía de la organización para el poder político. Sólo si el saber y el poder de los sectores hoy oprimidos balancean primero y superan después el saber y el poder de las actuales clases establecidas, habrá un camino progresivo hacia la justicia en el mundo y, sólo así, el equilibrio de la justicia será sin sangre y en una evolución más positiva que todas las revoluciones violentas.

Creo que el P. de Roux formuló en Bogotá la necesidad del poder político como requisito indispensable que hay que buscar para promover la justicia.

Parece evidente que todo educador tiene que tener presente la alta política y que sólo secundará y realizará la alta política un pueblo altamente educado.

¿Cómo, entonces, ni siquiera está en campo visual de la Compañía la educación popular y también la educación de masas?

¿Cómo se repite desde Río el fenómeno de que en toda reunión de educadores de la Compañía, el horizonte social queda y termina en concientizar a nuestros poquísimos y privilegiados alumnos, en que realicen algún servicio social con obreros o campesinos, en que se informe a la comunidad educativa y en que haya más participación de nuestros profesores seculares...?

Estas "medicinas salvadoras" volvieron a comentarse y recomendarse en la Asamblea de Bogotá. En definitiva, ¿excluye la Compañía el más evidente camino a la justicia, que es la educación de los pobres, y sigue contentándose con esas aspirinas sociales...? ¿Por qué...? Tres preguntas:

- ¿Quizá porque no considera posible que los pobres educados por nosotros asciendan en la escala dirigente de la integración cívica y social, de modo que puedan ir cambiando las actuales estructuras injustas...?
- ¿Quizá porque estima que es imposible para la Compañía educar un número suficientemente grande de pobres, pues esto necesariamente nos llevaría a la educación de masas, tarea que se supone desproporcionada a nuestras fuerzas...?
- ¿Quizá porque ni siquiera una educación de masas sería un camino a la justicia y hacia una nueva sociedad?

Sería necesario que un foro jesuítico, suficientemente documentado, preparara la respuesta a esos interrogantes. Sin embargo, trataré de indicar también, en la brevedad de estos comentarios, algunos criterios que considero importantes.

11.1. La educación de los pobres y el cambio justo

A lo primero, se me ocurre decir que la educación de los pobres no puede ser una pobre o superficial educación. Tiene que ser dentro de los mejores requerimientos pedagógicos para remediar la evidente desventaja circunstancial del niño o del joven pobre, sobre todo si es un verdadero marginado social. Esa desventaja es tan grande que, ante los mismos niveles educativos, los resultados escolares de los pobres serán bastante inferiores a los alumnos procedentes de las clases establecidas.

En una proporción notable, solamente la segunda generación de pobres educados, que serán ya ex pobres y ex miserables, irá alcanzando la paridad en los resultados. Una desventaja alimenticia, familiar y social de siglos deja huellas profundas y, aunque sólo la educación y el mejoramiento integral que ella acarrea son capaces de saldar la desventaja, ésta no se liquida instantáneamente.

Ésta es la panorámica que debe tener presente todo educador de pobres. Por eso siempre tendrá que esforzarse por darles una educación supercompensadora, no sólo de las taras físicas que lleva consigo la ultrapobreza, sino sobretodo de los numerosos complejos espirituales que arrastra la humillación social secular

Es por lo tanto lógico que la categoría de dirigente social o político de primera talla o cabal agente de cambio será muy poco frecuente entre los pobres educados. Solamente algunos superdotados llegarán a ella en la primera generación. Pero serán muchos los que ocupen categorías intermedias. Precisamente por el gran retraso que llevamos, es urgente empezar la educación de masas sin tardanza.

Lo verdaderamente y fatalmente equivocado será educar a unos pocos pobres: pasar de educar unos pocos ricos a unos pocos pobres, cuando estos son muchos millones. Así será continuar la más arcaica estructura de nuestros colegios tradicionales basados en una plataforma que ya presuponía la ventajosa base elitista, y aplicar esa táctica a quienes tienen un vacío social lleno de desventajas.

Esta equivocación sólo es explicable porque a muchos que la tienen les guía un bien intencionado espíritu evangélico de ir a los pobres en seguimiento del Señor, pero tienen el fatal error de que así como antes educábamos a unos pocos que eran los ricos, así ahora sólo podremos educar a unos pocos que en cambio serán pobres.

Esta mentalidad olvida que la mayor de las posibilidades sociales de hoy, es que hay recursos para que todos los hombres sean educados y que, siendo ésta la mayor justicia que hay que aplicar a todos los hombres, la Compañía debería estar dinámicamente presente en este cambio.

La educación de todos los pobres, y en especial de los hasta hoy marginados, será relativamente lenta pero será la más eficaz palanca para lograr una nueva sociedad. Y esto, a pesar de que serán más los pobres que por la educación lleguen a la riqueza, que los que se conviertan en agentes del cambio social.

11.2. La Compañía en la educación de masas

Por encima de toda limitación instrumental, sólo es posible pensar en la educación de "todos los pobres" como camino eficaz hacia la justicia. La Compañía tiene que sumar su capacidad integral educativa al esfuerzo del mundo actual para educar a todos los hombres.

Por esta razón entro en la respuesta a la segunda suposición, sobre la imposibilidad de que la Compañía se dedique de lleno a la educación popular y de que su propósito principal en lo educativo sea la educación de masas porque ésta es una meta imposible.

Este planteamiento es inútil con la fórmula de nuestros colegios tradicionales, aunque todos ellos se dedicaran a educar a los pobres. La razón obvia es que su actual número es insignificante pretendiendo realizar una amplia educación popular. Su sistema actual de empleo directo del personal educativo jesuítico es tan limitado y anticuado, que raya en la locura absoluta tratar de educar en esa misma forma un número apreciable de pobres,

Aquí radica la gran equivocación de la Compañía, que no concibe otra forma de educar que prolongando la vida a los antiguos colegios, en la misma forma en que lo viene haciendo hace cuatro siglos.

El desafío de la civilización actual es educar a todos. La Compañía ante ese reto, al cual tiene que responder o morir, debe de estar dispuesta a emplear todos sus recursos en esa dirección. Esto sólo es concebible pensando no en colegios regidos directamente por nosotros, sino en organizaciones educativas gerenciadas por los nuestros, que pue-

dan tener extensas cadenas de colegios o de otros planteles educativos con personal no jesuítico.

A favor de esta posición nueva está la necesidad sentida, cada vez más intensamente, de que "todos los hombres sean educados" y, en especial, los que hasta ahora fueron más injustamente tratados. Éste va siendo un criterio unánime de los organismos internacionales, de los gobiernos, de las clases dirigentes, de los estratos laborales y de los mismos sectores marginados. En él tiene que alinearse la Iglesia y la Compañía.

Quien levante bandera por la educación de los más desfavorecidos tendrá comienzos difíciles; pero, trabajando con arte y con tesón, irá recogiendo una cosecha creciente de ayudas, de admiración y de consagraciones personales. Todo lo que tiene de negativo actualmente la educación clasista de la Iglesia y de la Compañía, se irá transformando rápidamente en la más luminosa imagen pública de servicio a los débiles y a los más inhumanamente tratados.

La Compañía tiene ejemplos de educación de masas realizados por jesuitas pero sin su apoyo oficial, y debe meditar en esas experiencias.

Siguiendo sus técnicas de promoción de recursos estaría en capacidad para centuplicar el alumnado de los niveles populares, en comparación con el alumnado de las clases establecidas a las cuales sirve actualmente.

También siguiendo una técnica de fecundación, con el dinero que pudiera poner a disposición de estas iniciativas de educación popular, multiplicaría la capacidad de las construcciones y de las implementaciones materiales necesarias. Por ejemplo, con un millón de bolívares gastado directamente se puede comprar los terrenos y construir hoy una escuela de 1.000 m² y con 500 alumnos. Pues bien, con ese dinero, quienes tenemos experiencia para invertir esa misma cantidad en forma fecundante y multiplicadora, podríamos poner en marcha diez planteles, que a los cinco años de vida podrían tener diez veces más alumnado que el plantel construido de "modo tan paternalista"

Éste es un terreno virgen para los superiores de la Compañía y para sus asesores. No conocen la respuesta social que hay hoy a los servicios de verdadero y visible bien público. Están tan aislados del mundo en que viven. No comprenden y aunque lo vean no aceptan que se puede verificar esta sencilla operación: personal jesuítico preparado + bienes de la Compañía usados sin paternalismo como factor multiplicador + recursos humanos extra jesuíticos + servicio educativo a los más pobres + ayuda comunitaria + presupuesto nacional = Gran total: inmensa obra educativa en favor de la justicia.

Tan grande puede ser esta obra de educación de los más pobres y tan extensa en toda América Latina, que cambiaría en pocos años toda la contextura social de la educación católica.

No se puede dudar de que si la Compañía se moviera hacia la educación popular, el primer efecto multiplicador sería vencer pacíficamente a muchas congregaciones religiosas a que hicieran otro tanto.

Este punto tuvo en Bogotá cierta atención, pues al menos a nivel de comisión se aceptó como muy importante que la Compañía trate de tener personas de influjo en las directivas de todas las asociaciones de colegios católicos y en los secretariados o ministerios de educación de nuestros países hermanos. Claro que esa recomendación no estuvo en un marco de decisión por la educación de los pobres, sino del contexto actual de nuestra educación tradicional, pero aún así tiene importancia, pues si la Compañía aceptara su evidente llamamiento a la educación de los pobres en defensa de la justicia, tendría un instrumento de multiplicación hacia la educación de masas. Logrando que la Iglesia tome esta nueva posición, si la Compañía interviniera de manera afectiva en las asocia-

ciones de educación católica, que en toda nuestra América tienen vacantes o semiocupados sus puestos directivos. Algo muy importante, para la educación popular y para la coordinación de la capacidad de la Iglesia para educar al pueblo, se podría lograr, si algunos jesuitas se prepararan con este propósito, a cooperar con los ministerios de educación en nuestras naciones.

La Iglesia y la Compañía se tienen que liberar a toda costa del arrinconamiento en que las coloca la gran marea mundial creciente de la educación de todos. ¿Es posible seguir refugiadas en el pequeño islote de la educación de los privilegiados...? Pero sería igualmente ridículo y más equivocado pasarse con tambores y banderas a otro islote donde educara a unos pocos pobres.

Sobre todos los desaciertos, ninguno puede ser mayor que considerar estas decisiones, en sí insignificantes, como grandes y ejemplares acciones de cambio pregonadas con altavoces a los cuatro vientos. ¿Qué se logra con esto...? Además de las reacciones que tiene inevitablemente tan petulante triunfalismo, acumular barreras de obstáculos de las clases establecidas por realizar tan ruidosamente lo que podemos cumplir con mucha más eficacia en silencio, sin alertar a opositores forjados por nosotros mismos.

11.3. Por la educación popular hacia una nueva sociedad

A esta pregunta respondo afirmando que solamente una educación de masas irá abriendo la vía hacia la justicia y hacia una nueva sociedad, coordinando con ella una formación de agentes de cambio preparados para organizar y dirigir el poder político de estas mismas masas.

Si es verdad que la educación del pueblo es un prerrequisito imprescindible para que éste camine por su pie hacia la exigencia de la justicia social, también es verdad que esa progresión será acelerada si la organizan y le dan fuerza política hombres equipados en esta concepción y en esta técnica del cambio.

Uno de los yerros que hoy podemos cometer es subestimar la educación como herramienta fundamental del cambio hacia la justicia social. Los verdaderos líderes estarán no sólo potencialmente dentro del pueblo educado, sino también suficientemente visibles como para darles un cultivo especial. Sólo con la agregación de pueblo maduro por la educación y líderes naturales especializados, habrá un futuro mejor, más justo, más cristiano y conseguido sin violencia.

Las inconexiones que existen entre escuelas y sociedad justa llevan a muchos de nuestros sociólogos a despreciar la capacidad de cambio hacia la justicia que entraña la educación de los que no han recibido educación. Les parece una antinomia: escuela dentro del sistema y capacidad de cambio de esa escuela sometida al sistema.

Desconocen, primero, que siendo analfabeta la tercera parte de la población de Iberoamérica, sufre oscuramente, inconscientemente la opresión del sistema. Sólo si recibe la única educación que en la mayor parte de los casos puede recibir, que es básicamente la que ha establecido el sistema, podrá tener un conocimiento del sistema y, por ese camino, podrá llegar después a una conciencia crítica del mismo sistema.

Desconocen, en segundo lugar, que entre todos los recursos de cambio dentro del sistema, la educación es el que puede ser más libre, el menos sometido, el que, en poder de mentes liberadas, es más incontrollable por parte del poder establecido y, podríamos decir, que el único posible.

Parece quimérico que para empezar una vía efectiva hacia el cambio social haya que establecer el prólogo de la destrucción total del sistema social o del sistema educativo.

Éste es el gran comodín revolucionario de los zánganos que por esencia son antirrevolucionarios. Es la gran tarea de los talentos negativos.

Todos los grandes revolucionarios han sido hijos predilectos de los sistemas que han superado y derribado.

12. Educación y poder

Debemos meditar en las relaciones de presencia pública o de imagen pública que hay entre educación popular y poder político. Si la educación popular no es sólo intencional y simbólica, sino que se preocupa por abarcar cada día más pueblo, más sentido de servicio al pueblo, más defensa del derecho del pueblo a ser integralmente educado, más concientización de su derecho al presupuesto de educación distribuido en forma justa, la educación popular se multiplicará, creará una simpática imagen pública de ayuda y elevación de los más necesitados, irá despertando ayudas creciente, irá teniendo presencia política, progresivo influjo político y, por último, eficaz poder político.

Es necesario desarrollar un gran esfuerzo de cantidad y calidad. Ambas dimensiones se insertan en el poder político.

Este debe de ser un poder político independiente de todo lo que llamamos partido político. Un poder alineado y comprometido con la alta política y apolítico respecto a la politiquería. Esto no quiere decir que no se establezcan contactos, que deberían ser permanentes con los directivos de los partidos políticos, ya que ellos representan el poder legislativo que puede tomar decisiones tan trascendentales para la educación.

El diálogo con los políticos, en la hipótesis más favorable, deberá dirigirse a obtener condiciones justas y estimulantes para la educación, que fueran de amplio consenso nacional. En especial, deberá ser favorecida por el Estado toda iniciativa libre de la ciudadanía, que descentralizando el estatismo actual, abra numerosos y selectos cauces a la educación popular hasta en los más altos niveles.

Matizando un poco lo dicho más arriba, se podrían señalar cinco niveles progresivos en la relación educación - poder político de los marginados: etapa germinal, tiempo de multiplicación, logro de la imagen pública, tiempo del poder comunitario y camino al poder político.

Ninguno de estos niveles estará separado geoméricamente ni cronológicamente del inmediato superior o inferior.

12.1. *Etapa germinal*

La etapa germinal se puede concebir respecto a un movimiento educativo para la educación de masas en su generalidad o también en cada unidad educativa concreta. Debe estar caracterizada por el único propósito fundamental educativo, pero siempre considerado como un elemento instrumental que conduce al fin superior de la vitalización popular por la educación, que conducirá a la participación popular integral; no deberá levantar otras banderas que las educativas, por estricto sentido de supervivencia. Deberá caracterizarse esta etapa por la intensa promoción de los recursos materiales que condicionan la educación. La promoción de recursos humanos deberá ser buscando la mejor pedagogía básica para inspirar a hombres libres, creativos, organizados y cristianos. Debe inspirar todas las determinaciones una vigorosa persuasión doble; primero, el gigantesco propósito de realizar la educación de masas, segundo, el convencimiento de nuestra debilidad e insignificancia en la etapa germinal y, por lo tanto, la necesidad de agregar más y más número, que será lo mismo que más y más fuerza

12.2. Tiempo de multiplicación

El tiempo de multiplicación debe estar especificado por una dinámica mística de propagación. La bandera de educar a los más pobres y el propósito de humanizarlos e integrarlos a una situación de dignidad humana puede extenderse rápidamente, porque tiene fuerza intrínseca y arrastre ejemplar. La clara convicción de que la fuerza del número y de la organización es absolutamente imprescindible para ser tenidos en cuenta por los poderes públicos, gobernará todas las decisiones. Ser imperceptible es estar cerca de la nada. Para que las fuerzas populares pesen ante la opinión pública y marchen camino de la justicia es absolutamente necesario que sean numerosas. La estructura de calidad se la dará la organización la disciplina y la mística, que deben acompañar al crecimiento numérico. La educación popular deberá tener estas características para tener futuro.

12.3. Imagen pública

El logro de la imagen pública se irá dibujando cada vez más nítidamente a medida que el tiempo de multiplicación se haga más eficiente y se verifique la multiplicación de planteles educativos y de millares de alumnos,

Pero la consecución de una buena imagen pública de servicio a las grandes necesidades educativas populares, tendrá que lograrse simultáneamente por la participación activa de la colectividad, promocionada por los medios de comunicación social y por una inteligente y expresiva organización de relaciones públicas.

En esta etapa se empezarán a hacer efectivas y fértiles las relaciones con el poder establecido y en especial con las autoridades educativas. Ante ellas debe estar cada día en forma más directa nuestro reclamo de justicia, concretado a un reparto equitativo del presupuesto nacional educativo en favor de los hasta ahora eternamente segregados de la participación igualitaria de ese mismo presupuesto. Esa participación ha de ser respetando la libertad ciudadana de escoger y no de verse forzado al camino único de la educación oficial.

Las subvenciones del Estado conseguidas no como limosna, sino como derecho cívico, son prerequisite insoslayable para lograr la educación del pueblo en volúmenes anteriormente insospechados. Constituyen también una absoluta necesidad para quitar a la educación católica su definido carácter clasista y, sin embargo, este tema no tiene eco en la Compañía y no lo tuvo en absoluto en la Asamblea de Bogotá. Esto hace pensar en lo fácil que es hablar de justicia y en lo difícil que es hacerlo con sinceridad y con determinaciones serias y documentadas, en términos de factibilidad y compromiso real.

12.4. Poder comunitario

El tiempo del poder comunitario llegará después que en cada sector popular haya una escuela para el pueblo. La experiencia dice lo difícil que es la compactación y la organización comunitaria. Los obstáculos mayores los pone siempre el egoísmo popular, que es tanto más crudo y corto de vista cuanto mayor es la ignorancia.

Sin embargo, todo sector, por marginado que sea, tiene entreverado un grupo que podríamos llamar relativamente selecto. Está formado por obreros con trabajo estable, por algunas familias bien constituidas, por personas buenas, por pequeños comerciantes y por algunos talentos naturales. Con ellos se puede empezar una junta del barrio, que suele cooperar a la fundación de la escuela y a su crecimiento. Pero es la misma escuela, con la comunidad educativa, la que empieza a ensanchar y nutrir la base de una comunidad, con conciencia de sus deberes y derechos y de sus enormes posibilidades

Pero para que esta comunidad robustezca su conciencia creadora diferenciando sus di-

versas actividades, es necesario un cultivo específico logrado por el estudio, la reflexión crítica y las acciones programadas de horizonte inmediato en beneficio de la misma comunidad. Por ejemplo, gestiones urbanísticas y de servicios públicos ante el municipio, el INOS, el MOP, el Banco Obrero (hoy Instituto Nacional de la Vivienda), promociones populares para que no haya un solo muchacho sin primaria y secundaria, organización del cooperativismo, creación de centros sociales y deportivos, campañas de moralidad pública, consecución de la protección policial, realización recurrente de cursillos de mejoramiento cultural, asistencial, educativo, comunitario y religioso, preparación de la estructura parroquial...

Para que un conjunto semejante de actividades se convierta en un movimiento comunitario estable, hace falta una central de servicios que inspire, organice e informe a las diversas comunidades y ayude a formar los dirigentes comunitarios de base.

Sin que tenga matiz político, este movimiento tiene que inspirarse en los altos principios de justicia y del bien común. No debe dejarse ni absorber por ningún partido político ni siquiera ablandarse por simpatías hacia él. Todo esto le hará más fuerte para pactar, si hace falta, con los partidos políticos, sobre condiciones concretas de justicia al movimiento comunitario, en especial en lo relativo al mejoramiento creciente de la educación popular y a la dignificación integral de la vida en todos sus aspectos

12.5. Camino al poder político

El camino al poder político está orientado y entramado en un fuerte sentido comunitario que constituirá un sólido cimiento al servicio del bien común. La comunidad organizada y consciente de su capacidad descubrirá, a través de sus mismas actividades, dónde se encuentran los centros de decisión, y deseará no sólo relacionarse con ellos, sino también intervenir en ellos desde dentro. El camino político estará descubierto. Brotarán entonces las vocaciones políticas en el estricto sentido de la palabra. Habrá que darles intensa formación.

Un punto delicado está en definir hasta dónde debe llegar la ayuda educativa al pueblo y dónde empieza el momento en que, por su mayoría de edad, debe desprenderse con plena independencia su determinación política. Es evidente que a los educadores nos toca ayudar su desenvolvimiento y respetar su adultez. En ninguna ocasión será más dañino un paternalismo magisterial. Pero este convencimiento no debe debilitar en nada la persuasión de que solamente en el momento o, mejor, en la fase histórica en que el pueblo educado tenga poder político, se empezará a mover la balanza de la justicia hacia el fiel de la hermandad y de la equidad.

Parece oportuno que la educación de los pobres y su estrecha relación con un seguro acceso de ellos al poder político debería ser un acucioso tema de estudio, de investigación y de acción por parte de la Compañía educadora.

Por qué no escoger esta materia para la próxima reunión de Provinciales o de expertos en educación, en vez de quedarse en las vaguedades de una búsqueda de la justicia, con las cuales es imposible dar un solo paso positivo en ayuda de nuestro pueblo. Parece que avanzando decididamente en esa dirección, encontraremos el servicio a la Iglesia y a nuestra fe por la promoción de la justicia

13. Colofón

La Asamblea de Bogotá no estuvo orientada por ponencias que estudiaran algunos puntos esenciales que miraran a la fe y a la justicia. Tampoco tuvo señalamientos de la Compañía oficial para que al menos tratara de definir o concretar las relaciones o las actitudes de los nuestros respecto

al conjunto educación-fe-justicia.

Quizá se podría considerar esto como un gran desacierto en la preparación de la Asamblea, pero de hecho fueron muy positivos la indeterminación y el silencio sobre las vías concretas que pudieran ofrecer opciones prácticas y realistas. Esta situación nebulosa, dubitativa y pesimista es un texto de la pastoral educativa de la Compañía.

Es muy explicable y descriptiva de nuestra participación en el shock del cambio y del futuro.

Pero también pone de manifiesto la urgencia del esfuerzo hacía soluciones sinceras, de buscar realizando y de botar nuestras embarcaciones sobre el río turbulento y misterioso del cambio.

No es extraño que la mayoría levante su cátedra de campaña en la orilla y en ella siga filosofando y vacilando.

Los comentarios anteriores en nada afectan a los organizadores inmediatos de la Asamblea Educativa de Bogotá. Su trabajo, el de la mesa directiva y de sus cooperadores, fue excelente, de manera que logró, a pesar de la impreparación fundamental de los temas de trabajo que no les correspondía a ellos, un clima fraternal de intensa actividad y cordial cooperación de todos los asambleístas.